



Disponible en www.sciencedirect.com

Anales de Antropología

Anales de Antropología 50 (2016) 148–151

www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia



Nota

Una reflexión sobre el *entorno a* o las devociones modernas

Pondering about surroundings or the modern devotions

Leonardo Otálora Cotrino

Universidad Jorge Tadeo Lozano, Facultad de Artes y diseño, Bogotá, Colombia

Poner una realidad en el centro de la atención hace parte de la esencia misma de lo humano. Corresponde quizás a la capacidad que distingue al hombre del animal, la capacidad de darle significado a sus palabras y a sus acciones. El problema es saber qué sentido tiene este *principio orientador*, a la luz de un contexto no tan limitado y que refleja, a la postre, lo más humano de lo humano. Sin este principio seguramente no existirían el arte, la ciencia, la filosofía, y mucho menos, la religión; pero tampoco existirían las ideologías macabras ni los fanatismos nefastos. Corresponde por la tanto a la naturaleza del hombre situarse respecto a un entorno en el cual él pueda libremente definir qué debe ser lo más importante, lo paradigmático, pero, en este caso, también lo execrable.

A continuación narraré una de esas paradojas de la experiencia diaria que dejan preguntas tan abismales que aun hoy me maravilla pero también me aterra. Una vez, en el año 1990, visitando la versión número 33 del Salón Nacional de Artistas en Bogotá, que se instaló en Corferias, pude corroborar la presencia del *principio orientador* en toda su dimensión y tal vez, en toda su crudeza. En medio de centenares de obras distribuidas en cuadros, esculturas, *performances* e instalaciones, a lo largo de un enorme pabellón de exposiciones, en donde podían reconocerse toda clase de tendencias y de propuestas artísticas, me vi en un momento dado observando en el piso algo que llamó sobre manera mi atención: era una antigua y espaciosa vasija de peltre, puesta justo en el centro de un amplio corredor, la cual, por su posición, lograba una tensión geométrica entre el recorrido de los visitantes y el resto de los paneles en donde descansaban apaciblemente muchos cuadros. En dicho recipiente caían en forma regular y pausada gotas de agua, creando la sensación de una temporalidad suspendida en pequeños instantes catárticos. Cuando advertí la presencia de dicha obra, la cual, de un primer golpe de ojo y gracias a lo que yo consideraba

Correo electrónico: leonardo.otalora@utadeo.edu.co

<http://dx.doi.org/10.1016/j.antro.2015.06.003>

0185-1225/Derechos Reservados © 2015 Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0.

una afinada intuición estética, me pareció extraordinaria, me detuve junto con la artista Claudia García a observarla con detenimiento. Hubo un momento en que nos apresó el goce por aquella instalación tan original. Para mí, era la manifestación de una temporalidad poco reconocida; el golpe sistemático y acompasado de las gotas de agua, y la expectación que generaba los intervalos de silencio, reflejaba el paso de la inexorabilidad de un tiempo que es a la vez promesa y verdugo. Había un equilibrio entre el movimiento y la pausa dado por un entorno posibilitador en medio de ese enorme hangar de exposiciones. Fueron así pasando los minutos, y así un carrusel inusitado de sensaciones se vino a granel. En un momento dado advertimos que ya no nos encontrábamos solos observando la bizarra, sugestiva pero atrayente propuesta artística; notamos que había otras cuatro personas, y no tardaron en sumarse otras tantas, que justo en ese momento pasaban por el lugar y que advirtieron nuestro interés. Cuando nos dimos cuenta, éramos muchos los convocados en torno al balde de peltre, receptor de la sincronizada gota de agua. Respecto a lo que sucedía en ese instante, es de notar que los espectadores adoptaban una actitud muy particular frente al acontecimiento: algunos lo rodeaban con pasos lentos y expectantes, otros simplemente, con la mano en el mentón, hacían seguramente un ejercicio sagaz de interpretación iconológica, otros más, a juzgar por sus miradas, se esforzaban por encontrarle algún sentido al extraño recipiente; seguramente, y eso no es tan descabellado pensarlo, no faltaron quienes lo asociaron tal vez con su infancia o con una suspendida e indefinible lujuria reprimida por el inconsciente. Finalmente nos vimos todos involucrados en lo que pudiera llamarse un goce estético. Cuando estábamos en el momento de mayor tensión contemplativa, cuando se sentía en el ambiente una tracción ligada a la duda o a la fascinación, de repente apareció un hombre de overol azul, algo angustiado y refunfuñando. Mirando hacia el techo del pabellón, cogió el platón y nos dijo que, de haberse demorado un poco más en vaciar el agua, se hubiera comenzado a regar por el piso, que el aguacero era torrencial y que no entendía por qué el tapa-gotera que había aplicado hace una semana no había servido para nada, además, que era el sexto viaje que hacía en esa tarde lluviosa para desocupar el balde en el baño.

El estar orientado hacia algo o hacia alguien, tal como lo vivenciamos en el Salón de artistas, hunde sus raíces en lo más profundo de la vivencia de lo religioso. Es quizás la experiencia más arcaica que el ser humano haya experimentado desde sus orígenes; alude a un todo, a un universo integrado e interdependiente, en donde el ser humano solo hace parte de una particularidad que se suma a otras tantas, que en su conjunto consolidan un cosmos. La existencia humana no se circunscribe solamente al desarrollo de unas dinámicas de tipo instintivo, a acciones primarias de supervivencia, sino que atañe a realidades más complejas y que definen lo que podría entenderse como la razón de ser de la vida en su grado más elevado, aquello que se da como una vislumbre o como una revelación. No sabemos, y sobre todo a la luz de los acontecimientos que se resumen en los tres últimos siglos, si viviremos algún día mejor que los animales, esfuerzo que cada día se hace más lejano en medio de las barbaridades que la misma razón ha alimentado en su omnipotencia cegadora, pero lo único cierto respecto a esto es que somos la única especie en condiciones de transformar nuestro mundo circundante para hacerlo más familiar, para embellecerlo, pero también para enajenarnos de él, inclusive para destruirlo.

Este estar orientados, este *'tender hacia'*, *'estar en relación con'*, tal como lo plantea Erich Fromm, no es otra cosa que experimentar una forma de religiosidad que se traduce contundentemente también al terreno amplio de la cultura en términos del tejido social, en las múltiples formas de socialización y de búsqueda existencial. No en vano se puede hablar en pleno siglo XXI de mitos civiles o de modos de asumir las dinámicas grupales como una nueva forma de religiosidad, en donde circulan creencias, rituales, devociones, cultos, cismas, persecuciones, venganzas, actos de fe, comuniones y formas nuevas de *estar en el mundo*, a partir de una suerte de adhesión

Download English Version:

<https://daneshyari.com/en/article/1157275>

Download Persian Version:

<https://daneshyari.com/article/1157275>

[Daneshyari.com](https://daneshyari.com)